



Acción Católica

Oración

«Pedid y se os dará...»

«Llamad y se os abrirá...»

Llegas a tu casa a altas horas de la noche. Llamas. Tu padre te oye, pero no te hace caso: los hijos truhanes no mueven su corazón. Llamas otra vez; tu queja mueve a compasión: estás helado, vienes hambriento.

Tu padre te conoce muy bien y, sin tener el corazón endurecido, no deja conmoverse.

Pero vuelves a llamar; hasta que el anciano, creyendo en tu sinceridad... ¡Si será cierto!..

Baja con pena; abre la puerta; y tú le haces la burla tirando del picaporte.

¡Padre, abrid! ¡Padre, abrid! Y continúan tirando, tirando...

★

Un niño pequeñito tiene una ilusión; un sueño dorado: quiere una bicicleta.

La pide a su padre; la vuelve a pedir; insiste. Su padre no le hace caso: sabe que el niño guarda unos céntimos para golosinas.

Por último el niño, sugestionado por la idea de la bicicleta, coge los céntimos que guardaba, corre a su padre y le dice: «¡Papá! Comprame una bicicleta», mostrándole las monedas.

Su padre lo coge en brazos, lo lleva corriendo a la tienda y se gasta cientos de pesetas por la bicicleta, ilusión de su hijo.

El niño ha puesto lo que podía: unos céntimos, cantidad exigua, pero lo necesario: lo ha entregado todo. ¿Necesitaba el padre de las monedas del niño? Por supuesto que no. Pero le eran necesarias: eran su voluntad.

★

Y mira esa narración: Una multitud seguía a Cristo. Viéndoles fatigados, hambrientos, se movió a compa-

sión. Se sentaron en la hierba. Un niño tenía cinco panes y dos peces, y espontáneamente los entregó.

Jesús los bendijo y los repartió; comieron, se saciaron y sobraron doce cestas. ¿Le eran imprescindibles los cinco panes y los dos peces? No. Pero sí necesarios: Eran la voluntad de aquellas gentes. No tenían un mendrugo más. También aquí el niño es imagen del mismo Cristo que lo entregó todo para saciar las multitudes.

Entrega tú los cinco panes de tu voluntad y los dos peces de tu inteligencia, en la oración. Y las puertas donde llames se te abrirán. Y los panes no se te volverán piedras, ni los peces, serpientes.

El Apóstol ha de ser una copia, lo más exacta posible, de Cristo

El pasado domingo, en Vich

La ciudad de Vich está de fiesta: Una mujer — modelo de mujer —, ha sido elevada, por la heroicidad de sus virtudes, a la suprema gloria de los altares. Y Vich arde en el gozo triunfal de sus hijos. Como una madre que los acaricia a todos sin olvidarse de ninguno cuando uno de ellos ha sido merecedor de elogio o premio por un acto grande, así hace esta hermosa ciudad con sus hijos: les prodiga sus amorosas caricias a todos por la gloria que ha alcanzado uno de los suyos, inclito: la Beata Madre Joaquina de Vedruna de Mas.

Y hace más; como aquella mujer del Santo Evangelio que, habiendo perdido uno de sus diez talentos y habiéndolo encontrado, invitó a sus vecinas a compartir con ella el gozo del hallazgo, la ciudad de Vich invita a sus ve-

cinas, a sus amantes y a los amantes de la santidad, a compartir con ella el gozo de la gloria que le alcanza.

Y por ello de todos los pueblos y ciudades aflúan a Vich tupidos núcleos de peregrinos que querían con su presencia significar el testimonio de su más alta felicitación a la cuna de la Beata Joaquina. Por eso estábamos los de Granollers: para honrar como se merecía a la que fué heroica en sus virtudes de la juventud, de vida marital, de madre, de viudez y soledad y de excelente Fundadora del laudable Instituto de Hermanas Carmelitas de la Caridad.

Fuimos, los de Granollers, entre tantos miles, como peregrinos del devoto agradecimiento a la Beata por habernos dejado escrito con su vida un admirable ejemplo de santidad en todos sus estados, como significación patente de que en todos ellos se puede servir a Dios y pueden las criaturas humanas, con la gracia de Dios, santificarse.

Nos complació sobremanera la originalidad de los cuadros que representaban las alumnas de los varios colegios de la orden que plantó la Fundadora. En ellos se hallaban admirablemente bien expresados los distintos pasos de la vida ejemplar de la Beata Joaquina de Vedruna. La gente, que cubría materialmente la carrera por la que había de pasar la solemne procesión, presencié muda de admiración y de fervor el paso de estos cuadros, que dejaban en el alma un sello, ineludible de piedad, ternura y candor.

Vaya nuestra cordial felicitación a las Hermanas Carmelitas de la Caridad por la parte de gloria que les alcanza de tener en los altares a su Fundadora. Y quiera Dios que en la imitación de las virtudes de tan ejemplar vida, sean santificadas muchas almas cumpliendo la voluntad de Dios cada cual en el estado en que se hallan por esa misma voluntad.

Antes de hacerse un traje recuerde la

SASTRERIA SITJES

Plaza José Antonio, 27

GRANOLLERS